

DE BUENAS LETRAS

El cine y García Márquez

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Trabajando para el cine tomé conciencia de que las posibilidades de la novela son ilimitadas», dijo Gabriel García Márquez; y proseguía: «Mi experiencia en el cine ha ensanchado mis perspectivas de novelista». Estas palabras muestran más su fe en la escritura misma, su auténtico universo, que en las imágenes de la gran pantalla. Son bien conocidas las relaciones del escritor con el séptimo arte: crítico, codirector o guionista ocasional. También es sabido que las cuatro películas basadas en sus relatos no han alcanzado en ningún caso las expectativas deseadas. Acaso por ser muy consciente de la auténtica dimensión de su novela más célebre, el autor ha prohibido la adaptación cinematográfica de 'Cien años de soledad'. «Siempre me propuse que el libro tuviera un valor poético más que narrativo», ha manifestado.

Desde sus inicios, el cine ha mantenido una delicada relación, una 'amistad peligrosa', con la literatura. Obviamente no vamos a entrar en detalles. El tema es amplio. El cada vez más discutible término 'realismo mágico' de seguro se llevaría muy mal con las imágenes, por

ser un concepto exclusiva y esencialmente literario. El cine, arte de lo concreto, pese al gran avance de los efectos especiales, no ha sabido o no ha podido plasmar debidamente lo abstracto, el flujo de la conciencia, el mundo de los sueños (con la rara excepción de David Lynch y algún que otro caso aislado). Toda manifestación artística tiene sus grandezas y también sus limitaciones expresivas. En este sentido, dudo mucho que quede bien ante los ojos del espectador la sorprendente naturalidad con que levita el padre Nicanor por los efectos del chocolate. Lo mismo que el hecho de que un niño nazca con una cola de cerdo carecería de todo misterio. Y es más que probable que la muerte de Remedios, ascendiendo entre sábanas al cielo, diera pie al ridículo antes que a la admiración o la maravilla. Donde el 'realismo mágico' adquiere su auténtica dimensión es en la mente del receptor, en la inviolable libertad lectora.

Supongamos por un instante que 'Cien años de soledad' ha dado como resultado una maravillosa película. A mi juicio, se suscitara otro problema acaso más grave: la cámara nos hur-

taría y saquearía nuestra propia imaginación, imponiéndonos una única e inexcusable imagen del libro, de las situaciones y los personajes. Esto no ocurre sólo con el cine: el perfil que de Alonso Quijano tenemos debe más a las magníficas ilustraciones de Gustave Doré que a lo que nos ofreció Cervantes. Macondo conserva esplendor y fuerza porque sus calles y casas se levantan invisibles dentro de cada lector, porque pertenecen a la geografía de la palabra y el alma. El encuentro amoroso de Amaranta Úrsula con Aureliano Babilonia, del que ella se «defendía sinceramente, con astucias de hembra sabia, comadrejeando el escurrirido y flexible y fragante cuerpo de comadreja», palpita sólo en nuestra imaginación. Y cada vez que volvemos al célebre galeón encallado en la jungla, lo vislumbramos de una forma distinta.

Indudablemente el cine fulmina la fantasía lectora. Desde el momento en que se objetiva en pantalla lo que hemos amasado en nuestra relación silenciosa e íntima con el libro, se nos impone un icono globalizado que permanece, igual que un tatuaje, en cada uno de nosotros. No se nos priva del tan publicitado 'placer de leer', sino de algo más profundo, del placer de imaginar con autonomía lo que nos sugiere la letra impresa, de moldear el pensamiento para conocer mejor el mundo, a los otros y a nosotros mismos. Así es la lectura, un acto tan gozoso, libre y cotidiano como subversivo. La extraordinaria grandeza del cine es innegable, aunque espero y deseo que nunca llegue el día en que un ávido productor nos imponga y nos robe para siempre 'Cien años de soledad'.